



RESOLVER EL ENIGMA SE TRANSFORMARÁ  
EN UNA GRAN AVENTURA

EL  
CRUCIGRAMA  
DE  
JACOB

A.L. Martín

A. L. Martin



# El crucigrama de Jacob

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© A. L. Martín, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Ilustraciones de las guardas: © Ana Nuria Corral

Ilustración de la página 11: © BNE / La Spagna de Giacomo Castaldo Piemontese de Villa franca. Cosmographo

Ilustración del capítulo 4: © Carlos Soler Martínez / Dreamstime.com

Primera edición: abril de 2016

Depósito legal: B. 5.333-2016

ISBN: 978-84-08-15296-5

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Isaac Ben Yehudá llegó a la escalinata exterior del palacio de la Medina y esperó. Como consejero personal de Fernando el Católico, su presencia era habitual en las cortes de Castilla; sin embargo, miraba intranquilo a todo el que pasaba a su lado como si fuera el enemigo. Unos perros ladraron en la callejuela del fondo y pegó un respingo. Tras ellos, apareció Abraham y, al verle, suspiró aliviado. Era una suerte contar con su apoyo. Abraham Seneor era recaudador de impuestos y podía certificar ante los Reyes las enormes cantidades de dinero que ingresaban los judíos. Iba a necesitar ese argumento en su exposición. Sus informadores le habían hablado de una conspiración que se estaba maquinando contra su pueblo a través de un edicto que buscaba su expulsión. Torquemada era el instigador. Quién sino. Era un demonio con una ambición sin límites y el cargo de inquisidor general.

Abraham descabalgó y abrazó a Isaac en señal de apoyo. Le parecía tan preocupado que semejaba haber envejecido cien años. Le agarró del brazo y subió con él por aquellos peldaños.

—La Inquisición siempre ha mostrado un abuso de poder —le recordó.

Isaac negó con la cabeza. Aquella afirmación era cierta, pero nunca hasta ese punto contra ellos. Tenía una sensación de alarma que no le dejaba respirar.

—Desde hace meses, el ensañamiento es mayor. Encarcelamientos sin justificar, persecuciones, acusaciones sin fundamento... —hablaba entre murmullos acelerados y gestos de desagrado—. Me consta que le han presentado a la Reina una propuesta en forma de edicto —añadió con un suspiro sin alivio—. Debemos andarnos con cuidado. Torquemada es un peligro.

Abraham le dio una palmada en el hombro para transmitirle calma, pero no lo consiguió. Se le pegaba el desasosiego con el que se iban a enfrentar a la reunión.

—Sea lo que sea lo que trama, los Reyes necesitan dinero —le murmuró entre dientes—. Lo malgastan a raudales en guerras y empresas aventureras. Somos imprescindibles para ellos.

Isaac arrugó la nariz y de nuevo meneó la cabeza. No confiaba en que Isabel y Fernando pensarán en nadie como imprescindible a su alrededor.

—En la reunión, pondremos esto sobre la mesa —insistió con vehemencia—. Les ofreceremos ampliarles la deuda —y volvió a apretarle levemente el brazo para infundirle ánimos.

Isaac entrelazó las manos, dirigió su mirada al infinito y habló como para sí.

—Les hemos apoyado en la lucha contra el Islam —dijo con reproche melancólico—. Incluso yo doné a la Reina generosas sumas de dinero de mi propio capital, para librar la guerra que mantiene contra el último reducto en Granada.

Abraham acompasó su desahogo asintiendo en silencio.

—Luego, la Reina nos vino con aquella historia sin igual..., ¿recuerdas, Abraham? Le conseguimos los recursos y el dinero que nos solicitó para la organización de ese viaje descabellado de ese tal Cristóbal Colón, en busca de nuevas rutas y fortunas lejanas, del que aún no se sabe nada. —Tomó tanto aire como pudo y se desinfló de golpe—. Pero algo se le habrá ocurrido a ese demonio vestido de humano —añadió, en referencia a Torquemada—. Ejerce demasiada influencia sobre la Reina. Ha sido su confesor personal durante sus años de princesa y le ha grabado a fuego el miedo espiritual.

Tomás de Torquemada deseaba con toda su alma la desaparición de los judíos de su territorio. Detestaba su presencia en España. Promovían la fe basada en el conocimiento y no se dejaban amedrentar por las amenazas vociferadas alegremente en nombre de Dios. Eso ponía en peligro su poder y el de la Iglesia a la que representaba.

Antes de cruzar la última puerta que accedía al Salón del Trono, Isaac paró a Abraham y levantó el dedo índice en señal de advertencia.

—La reunión será un pulso de poder a gran escala —le advirtió—. En un lado de la mesa estarán los recursos económicos que aportamos los judíos y en el otro, la autoridad moral de Torquemada.

Contuvieron el aliento y cruzaron con paso firme el umbral. En aquella sala se iba a librar una batalla sin igual que podía cambiar el rumbo de la historia de España.

Cuando abrieron las puertas notaron que los estaban esperando. Los sirvientes los guiaron por un lúgubre pasillo hasta el Salón del Trono y desaparecieron con el sigilo del miedo. Los judíos hicieron una solemne reverencia e Isaac carraspeó esperando una señal que diera comienzo a la audiencia. Con discreción, ojeó el ambiente. Tras los respaldos de Isabel y Fernando había un regimiento de consejeros mirándolos escépticamente, pero ni rastro de Torquemada. Una corriente húmeda se coló por un lateral y agitó levemente el tapiz de la pared posterior. Isaac se fijó en él conteniendo la respiración. Los hilos de lana dibujaban el final de una guerra, en el que unos caballeros doblegaban a un poblado bajo el peso de sus espadas. Desvió la mirada y tomó aliento. Fernando extendió el brazo y le cedió la palabra.

—¡Traigo buenas noticias! —exclamó Isaac exagerando una sonrisa práctica—. ¡Más de medio millón de maravedíes han salido tan solo de la judería de Salamanca!

A riesgo de traspasar las líneas de la imprudencia, había comenzado con los números de la recaudación, y tras aquel dato, se hizo un largo silencio. Estaba tan alterado que le temblaba la voz. Abraham le pasó varios documentos con información de otras juderías e Isaac prosiguió imitando un aire de satisfacción.

—Con respecto al año pasado, Toledo y Sevilla prácticamente duplican la cifra...

Enfatizaba lo imprescindible del papel de su pueblo en la generación del dinero que los sustentaba. Movía nervioso los brazos de un lado a otro, hasta que, de repente, se calmó y clavó fijamente la mirada en el Rey. Conocía a Fernando desde hacía años y le había ayudado tanto que sentiría vergüenza por él si es que tramaba algo contra ellos. Sentado en el trono, se le veía afectado. Sin el consejo de Isaac no hubiera sabido la mayoría

de las veces cómo gobernar. Le veía, además de como a un amigo, como a un icono de autoridad. Hacía años que oficialmente le había nombrado su consejero personal. Fernando no sabía cómo iba a explicarle su apoyo al edicto de Torquemada, pero Isabel se mantenía firme en su determinación y se necesitaba mucho coraje para enfrentarse a ella. Desde que la reunión había comenzado, no tenía valor para hablar. Levantaba la vista solo cuando Isaac se hundía en los datos que traía anotados, pero la mayoría del tiempo permanecía absorto, haciéndose pasar por un mueble más.

Isabel, al contrario, lucía un gesto impertérrito ante todo el baile de cifras que lanzaba Isaac. Con mirada firme y desdén en el gesto, parecía segura de sus pensamientos, en los que Torquemada había inyectado en fuertes dosis su veneno. Si echaban a los judíos, se dejarían de ingresar ciertos impuestos. Lo sabía. Aun así, esbozó una sonrisa. Torquemada le había dado la clave para remediar ese problema. «Con su salida del país, todas sus posesiones pasarán a manos de la Corona», le había dicho al finalizar la exposición del edicto.

Isaac Ben Yehudá ignoró aquella gélida estructura femenina y prosiguió con el siguiente documento, llenando las horas de oratoria convincente repleta de cifras de maravedíes. Al final, una suma millonaria de ingresos permanentes pareció hacer dudar a Isabel sobre la medida de Torquemada.

—Y de momento, eso es todo —terminó Isaac recogiendo los documentos.

La Reina desvió la mirada hacia Fernando arqueando las cejas. La cifra expuesta por los judíos era difícil de ignorar. Aquel hombre les había dado un punto de vista que Torquemada no había considerado. El cálculo de Isaac mostraba un aumento de ingresos que se multiplicaba año tras año. Eso no se podía comparar con el valor de sus posesiones, que tan solo generarían dinero para las arcas reales el año que abandonaran el país. Reinó de nuevo un largo y tenso silencio, tras el cual, la Reina se puso en pie y se aclaró la garganta para hablar. Le había resultado convincente el futuro que proyectaba Isaac. Era una fuente de financiación inagotable para su reino. Quizás Torquemada se equivocaba y los judíos no hacían tanto mal a la religión cristiana. Debían

llegar a un acuerdo e ignorar definitivamente el decreto de expulsión que ordenaba el inquisidor. Dibujó algo parecido a una sonrisa e Isaac le correspondió con un gesto de optimismo. Parecía que las cosas se arreglaban.

Sin embargo, un estruendo repentino detuvo sus palabras ante la mirada atónita de todos los presentes. Las puertas del salón se abrieron sin previo aviso y retumbaron contra las paredes. Nunca antes se había presenciado una entrada con tal descaro en el Salón del Trono. Torquemada irrumpía a zancadas portando un crucifijo enorme en las manos, seguido de un regimiento de lacayos que habían tratado de impedirle el paso. El inquisidor general cruzó la estancia hasta llegar frente a Isabel y le dirigió una mirada aterradora. Ella se quedó petrificada. Torquemada besó la cruz, enarboló en alto el crucifijo y miró al infinito como si hablara con el más allá.

—¡Judas traicionó a Cristo por treinta monedas de plata! —vociferó amenazante—. Si Vuestras Altezas quieren ahora venderlo por treinta mil, aquí está Él, tomadlo y vendedlo. Rogaré por vuestras almas, puesto que yo por ellas ya no puedo hacer nada.

Arrojó el crucifijo con furia sobre la mesa y salió de la sala con aires de desprecio, sin pronunciar una sola palabra más.

Isabel enmudeció y se volvió a sentar aterrorizada. Su semblante había abandonado su expresión de mujer madura para dar lugar a los rasgos de una chiquilla asustada. No paraba de parpadear, como si contuviera las lágrimas.

Isaac Ben Yehudá palideció de golpe. El gesto había provocado el terror espiritual en los Reyes. No había más que ver sus caras. Ante sus ojos, Isabel y Fernando se levantaron y, sin tan siquiera dedicarles un gesto, abandonaron la sala. La reunión quedó interrumpida de inmediato por el efecto causado por la artimaña de Torquemada. Los judíos se quedaron sin palabras y las conversaciones, definitivamente interrumpidas. Habían perdido la batalla contra el juego sucio de Torquemada.

Isaac miró a Abraham con el entrecejo fruncido. Lo sucedido delataba los planes del inquisidor. Ya no tenía dudas sobre el contenido del edicto. Salieron presurosos del palacio y se dirigieron a casa de Isaac.

—Haz venir a un mensajero —le indicó a Abraham mientras

se despojaba de su chaqueta y la tiraba sobre el sillón—. Antes de que se haga oficial, tenemos que hacer llegar esta información a las manos adecuadas.

Abraham asintió con gravedad, pero le advirtió del peligro:

—Si nos descubren, nos matarán.

Isaac tomó papel y pluma sin que aquella amenaza pareciera afectarle.

—No nos descubrirán —replicó como una sentencia—. Debemos tomar ventaja a los planes de Torquemada —insistió.

—Supongo que querrás alertar a tus familiares... —apostilló Abraham.

Isaac continuó escribiendo sin levantar la vista de aquellas letras mientras negaba con la cabeza las palabras de Abraham.

—No es ese el motivo fundamental por el que corro el riesgo enviando este mensaje. Aunque ahora parezca imposible pensar en algo más importante que la persecución a la que seremos sometidos en pocos meses, es algo de mucha más relevancia.

Abraham le miró fijamente unos segundos esperando conocer aquel misterio crucial que superaba incluso los planes de Torquemada, pero no hubo respuesta a su gesto. Abandonó la casa y volvió enseguida con el hijo del posadero sobre la grupa de uno de sus corceles más rápidos. Tras darle instrucciones sobre a qué ciudad del norte debía llevarlo, entró a recoger el pergamino. Se acercó a la mesa y lo miró extrañado. Isaac se había pasado más de quince minutos escribiendo y, sin embargo, tan solo aparecía un mensaje escueto que bien se hubiera podido redactar en pocos segundos. En él podían verse varias líneas en horizontal y vertical que se cruzaban, y bajo estas, un mensaje breve:

Libros proféticos, Abdías, versículo 20

El último domingo de mayo del año del Señor de 1491, amaneció con una agradable brisa que anunciaba por fin la cálida entrada del verano. La persistente lluvia caída sobre el territorio había dado una tregua de varios días a sus habitantes y el sol del mediodía envolvía con una brisa acogedora la ciudad. Una bocanada de aire impregnada en los aromas del jazmín que decoraba las cornisas entró por los ventanales, perfumando al instante la sala donde se encontraba reunido el Consejo de Sabios. A pesar de la prohibición, los Siete se congregaban con carácter mensual para gobernar la judería en la clandestinidad. A Benavides no le había llevado mucho tiempo organizar un modelo secreto de gobierno. Eran, por lo general, reuniones afables en las que solventaban asuntos cotidianos sin la mayor gravedad. Sin embargo, esta vez era diferente. El peligro acechaba a la judería.

—El muchacho es inocente —repitió por enésima vez uno de los sabios.

Benavides le puso la mano en el hombro y asintió.

—Lo es. Lo sé y la Inquisición también lo sabe.

Se habían llevado preso al hijo del orfebre, acusado de prácticas de brujería porque un gato negro dormía en el alféizar de su ventana.

—Todos sabemos que esto nada tiene que ver con magia negra ni con gatos —explicó Benavides—. El muchacho pertenece a una familia acaudalada y de renombre de la judería. El mensaje está claro, si los judíos poderosos no están a salvo, ¿quién lo está entonces?

De repente, los gritos de la plaza resonaron al unísono y atravesaron las paredes. Algunos eran de terror, otros, de cele-

bración. Los ancianos corrieron hacia el ventanal de forma aglomerada y limpiaron con la manga las marcas de la lluvia pasada. Un enjambre de personas se reunía a toda velocidad invadiendo la plaza de la catedral. Algunos corrillos susurraban críticas feroces, pero la mayoría generaba un bullicio propio de una fiesta con vítores de gloria. Benavides apretó los puños con impotencia. No podía hacer nada para evitar lo que iba a suceder en aquella plaza. Tenía los ojos repletos de lágrimas frustradas. Los gritos sobre gritos anunciaron que el momento no se hacía esperar. Por una de las calles laterales apareció el carro del reo. Los barrotes de madera conformaban una jaula que retenía en su interior a lo que parecía un viejo fantasma. Sin embargo, aquel muchacho de unos quince años era de carne y hueso. Se tambaleaba con el traqueteo del empedrado como si estuviera temblando. El chico tenía una expresión aterrada bajo la cara desfigurada por el maltrato. La mantenía pegada a los barrotes a los que se aferraba, buscando a su padre entre la multitud, pero no conseguía encontrarlo. El cansancio le hacía ver borroso. Se refregó los ojos tratando de difuminar aquella niebla, pero no consiguió más que pronunciar la oscuridad que decoraba con ensañamiento las ojeras. Los cerró y se dejó caer de rodillas. Se sentía acabado, sin fuerzas. La comida de la prisión, reducida a pocos mendrugos de pan al día, le había dejado en los huesos y con los pómulos demacrados. Volvió a abrir los ojos muy despacio y vio la pira donde le quemarían vivo. Con un último halo de esperanza gritó su inocencia arañando la madera, y sin sentir apenas dolor, se dejó varias uñas en ello.

Benavides se dirigió a la ventana que daba a la calle de la muralla. Necesitaba que apareciese alguien de la corte. Alguien con autoridad que pudiera parar aquello. Había escrito al mismísimo Rey denunciando la injusticia desmedida que se estaba llevando a cabo con aquel muchacho. Tan solo esperaba que pudieran llegar a tiempo.

Al otro lado de la plaza y tras una corte de clérigos, aparecieron los jueces siguiendo a Torquemada. Era el inquisidor general. Un hombre sin escrúpulos, de rasgos hieráticos, que amenazaba con su sola presencia omnipotente y su gesto impertérrito. Le encantaba desplegar su poder ante la gente. Mantenía en la mano

derecha una carta hecha un bucle, como si fuera su varita mágica. Señalaba aquí y allá con ella, dando órdenes a los soldados para reafirmar su autoridad ante la muchedumbre. Parecía una estatua en su pedestal. Torquemada jamás mostraba ningún tipo de piedad.

La familia del muchacho se le acercó abriéndose paso entre la gente a empujones. La madre caminaba a rastras, apoyándose en el hombro de su marido como si estuviera rota en dos y no pudiera articular la espalda.

—¡Clemencia! —se les escuchaba implorar con gritos entrecortados por las lágrimas.

Benavides echó un último vistazo a la puerta Norte. Algunos campesinos rezagados entraban con sus azadas, pero nadie de la corte. Masculló una blasfemia en hebreo y se sentó apoyando la cabeza sobre las manos para taparse con ellas la cara.

—No vendrá nadie a ayudarnos —masculló amargamente.

El inquisidor mostró el felino a la muchedumbre como si fuera un trofeo y la masa volvió a vitorear. El pobre animal estaba tan asustado que no paraba de maullar e intentaba zafarse de aquellas manos que le aferraban. A continuación lo encerró en la jaula y extendió el brazo como señal. Varios hombres fornidos bajaron al muchacho del carro y lo ataron al poste. Se revolvía con desesperanza y gruñía entre lloros e hipos de nerviosismo. Se acercaba el final más cruel que se podía imaginar.

—¡Soy inocente! —gritó con afonía.

Miró aterrado a los verdugos encapuchados. Prendían la leña desde varios puntos para que el fuego se avivara rápidamente y ya no hubiera marcha atrás. La humedad de algunos troncos hizo crepitar la madera y el silencio se apoderó por un momento de la plaza. El muchacho se miró los pies y tartamudeó algo. El calor insoportable le alcanzaba con rapidez. Gritó el nombre de su padre como un niño desesperado hasta que la voz se le fue. Su padre corrió a su lado apartando con brusquedad a la gente, pero un soldado le apaleó hasta hacerle perder el conocimiento. Nadie podía hacer nada por él. Lentamente, se le quemaba la carne con la cara rota por el dolor. El compás de los aullidos disonantes reinó en la plaza mientras el pelo se le chamuscaba. Movía ansiosamente las muñecas intentando cortarse las venas con la cuer-

da de esparto, pero no lo consiguió. Maldijo su torpeza blasfemando y la gente se santiguó aterrada. En cuestión de minutos, todos los rincones se inundaron de un desagradable olor a carne quemada y su madre, al percibirlo, se desmayó.

Durante unos largos minutos, Benavides permaneció ausente, inmobilizado por el horror. Los huesos se le acabaron entumeciendo y le apareció un tremendo dolor en las articulaciones. De fondo, escuchaba la acalorada discusión entre los sabios, como un decorado de sonido lejano. Ni la indignación ni el debate devolverían la vida a aquel muchacho, ni aquel hijo a sus padres, ni a él la esperanza de poder hacer algo para ayudarlo. Suspiró resignado con los ojos aún empañados. La situación se les iba de las manos. Nadie parecía estar a salvo.

—Siempre hemos guardado las formas acatando las órdenes de los dirigentes cristianos —comentó alguien en tono vehemente—. Aun siendo nombrados a dedo por decreto. ¡Aun no estando de acuerdo con ellos!

—¡En los últimos tiempos, los altercados y abusos parecen pronosticar la quiebra de la convivencia! —exclamó otro de ellos.

El volumen del debate subió progresivamente, hasta que, como una orquesta coordinada, todos callaron de repente. Era el ruido de los cascos de un caballo. Alguien se adentraba en la pequeña callejuela de la judería. Benavides levantó los brazos en alto para que ni el ruido de un respiro los delatara. Gobernar por su cuenta a la comunidad judía estaba prohibido y aquella reunión podía costarles la vida.

El caballo se detuvo frente a la sala y el jinete desmontó despacio. Golpeó repetidas veces la puerta con el puño y esperó. Todos se miraron y contuvieron el aliento. Nadie movió un músculo y la llamada se repitió de manera más insistente. Pareciera que iba a echar la puerta abajo. Benavides se acercó a la entrada.

—¿¡Quién llama!?! —preguntó con tono exigente.

—Un mensajero —respondió un susurro al otro lado.

Benavides tomó una vara y entreabrió lentamente la puerta. Ante él apareció un joven muchachillo de mirada noble que le extendía un pergamino enrollado. Benavides soltó la vara y cogió el documento. Observó el sello de cera que lo cerraba. Tenía dos iniciales grabadas: B. Y.

—Debo partir de inmediato —dijo el muchacho sin intención de explicar nada sobre el remitente.

Tras lo cual, levantó la mano como despedida y subió con una zancada ágil a su caballo.

Benavides le observó alejarse callejuela abajo y volvió a entrar en la sala. Ningún cristiano, aparte de aquel muchacho, se había atrevido a entrar en la judería desde hacía años, a pesar de sus lindes cercanos a la plaza de la catedral. Se encontró con la mirada atónita del resto de los sabios clavada en el pergamino que sostenía en la mano. Lo posó en la mesa y el bucle rodó con parsimonia en un vaivén de idas y venidas.

—¿Para quién es? —preguntó Abravanel urgiéndole a abrirlo.

Del Consejo de los Siete, Abravanel era la persona de confianza de Benavides. El sabio tomó asiento ignorando la impaciencia del tono y desenrolló el pergamino.

«Libros proféticos, Abdías, versículo 20», leyó para sí.

Se quedó pensativo, como si hubiera entrado en trance. Se rascó la barbilla y se levantó hacia las estanterías. Movi6 la primera fila de libros y, tras ellos, aparecieron los rollos de la Torá. A su lado y aún más escondidas, había una copia del Corán y otra de la Biblia. Tomó esta última y la abrió por los libros proféticos. Abdías estaba entre ellos. Utilizó el dedo índice como guía entre versículos hasta que lo paró en seco en uno de los párrafos. Abdías, versículo 20. Era una profecía. La leyó en silencio y se refregó los ojos.

—Para todos —contestó con gravedad. Cerró la Biblia de golpe y la repitió en alto—. «... los deportados de Jerusalén están en Sefarad y acabarán en las ciudades del Negueb».

Dicho lo cual, se dejó caer abatido sobre una de las sillas cercanas.

Los sabios se miraron atónitos ante tal profecía.

—¡Ninguno de nosotros se irá de Sefarad! —clamó Gabriel, el médico.

—No voluntariamente —los cortó Benavides tajante—. Alguien nos ha hecho llegar un mensaje a través de un versículo que profetiza nuestro exilio. Es, claramente, un aviso.

—¡No podemos confiar en un mensaje de tal gravedad cuando ni siquiera sabemos quién nos lo ha hecho llegar! —insistió Gabriel, enfrentándose al sabio.

Benavides volvió a mirar las iniciales del sello y paseó masajeándose las sienes, como si un gran dolor de cabeza le hubiera llegado de repente. Estaba convencido de que nadie enviaría algo así de no ser información certera, pero no acababa de descifrar el misterioso remitente que se ocultaba tras las letras B. Y.

—Si las Escrituras hablan de un éxodo de la tierra de Sefarad, la profecía se cumplirá —irrumpió Abravanel, apoyando al sabio—. Debemos avisar a la gente.

Benavides levantó la mano cortando la propuesta.

—Si lo hacemos, cundirá el pánico de inmediato y en una huida desorganizada todos moriremos —le rebatió sacando el índice amenazador.

Se sentó con la lentitud que marcaba su cansancio y se mesó el pelo. Tenía que pensar con rapidez. Las circunstancias lo exigían. Los iban a expulsar con una persecución sin precedentes y no sabían cuándo ocurriría. Quizás llegase en tan solo semanas o quizás tuvieran aún algunos meses. Imposible de saber, así que lo más prudente era ponerse en acción de inmediato. Suspiró con anhelo, miró a todos con firmeza y volvió a pasear con las manos atrás, bordeando la medialuna de asientos.

—No hay más que leer en el día a día que se acerca el momento y ya no queda mucho tiempo —dijo con un pronunciado acento de discurso—. El hecho concluyente que aquí se trata está escrito donde todo lo está. —Hizo una pausa solemne y terminó con tono de sentencia—. Una nueva diáspora está anunciada en las Escrituras y, por tanto, tendrá lugar.

Drásticamente, la sala rompió en murmullos como si fueran cientos.

—Los conflictos estallan por nada y la tensión se respira en cada esquina de la ciudad —los interrumpió bajando las palmas de las manos para que cesaran de hablar—. La carta está en lo cierto.

—¡El peligro es inminente! —lanzó Abravanel en su apoyo—. ¿Es que no sabéis leer entre líneas? ¡No sabéis escuchar los silencios de la gente! Son mucho más preocupantes que los improperios que puedan soltar.

—Debemos organizarlo todo sin más demora para anticipar-

nos a los hechos. Hay que poner a salvo a nuestra pequeña comunidad.

Todos los presentes asintieron. A nadie le parecía que su argumentación estuviera abierta al debate, así que guardaron silencio. Benavides tomó varios pliegos de papel y se sentó en una de las mesas centrales. Tenía que pensar un plan con rapidez. Volvió a mirar las estanterías donde guardaba las Sagradas Escrituras y recordó uno de sus versículos favoritos. Era de Isaías y decía: «Mirar, miraréis, pero no veréis». Volvió a repetirse esta frase y tuvo una idea brillante. Les indicó que se acercaran y todos le rodearon de manera ordenada.

Abravanel se colocó enfrente mostrando una expresión tranquila. Benavides siempre sabía lo que hacía. De entre los siete dirigentes eruditos que regían la judería, se le respetaba como a la máxima autoridad. Un hombre templado en sus formas y cabal en su manera de pensar.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Abravanel dibujando una fina línea con los ojos.

—Tengo un plan —afirmó con serenidad.

Benavides sabía que le seguirían en sus decisiones y eso le transmitía una gran responsabilidad. Con el pulso tembloroso, comenzó a dibujar un plano que trazaba un camino. Era una estrategia de huida al detalle.

—¿Me seguís? —preguntó señalando las ciudades principales.

—Nos situamos —respondió Gabriel escéptico—, pero tu plan no dará resultado. Nos seguirán. No tardarán más que un par de días en alcanzarnos. El que sobreviva a la hoguera pasará el resto de su vida en la prisión, donde también morirá.

Benavides le sonrió tranquilo. En eso también había pensado. Tomó otro pliego y, volviendo a llenarlo de trazos, pasó a relatarles cómo evitarían el final devastador que el médico pronosticaba. Isaías era la clave. Era una estrategia en toda regla y todo, hasta el más mínimo detalle, estaría minuciosamente planeado.

—Necesitaremos la ayuda de algunos muchachos —añadió, interrumpiendo el esquema que dibujaba—, pero debo advertiros que correrán un gran peligro.

Se hizo un silencio repentino.

—Presento a mi hijo Aviraz como voluntario —prosiguió Benavides, ignorando la tensión de los sabios—. Es valiente y está preparado para asumir riesgos. Necesitará a alguien que le ayude —añadió, recorriendo a todos con la vista.

Abravanel levantó la mano.

—Mi hijo Isaac —dijo con la voz algo temblorosa.

No estaba seguro de que su mujer compartiera aquel gesto de generosidad. Benavides le sonrió como agradecimiento y continuó su explicación.

—Ellos son jóvenes y tienen las fuerzas necesarias para reunir todo lo que necesitamos.

—E imprudentes —replicó otro de los sabios.

—Cierto —contestó Benavides mesándose el pelo—. No podremos contárselo. Despiezaremos el plan y a cada uno de ellos le daremos una parte que no tendrá sentido sin la otra.

Asintieron todos conformes.

—Acordado, entonces —finalizó Benavides—. Los dos muchachos serán la clave para salvarnos.

Repartieron las tareas que se requerían, a la vez que trataban de asimilar con talante la voluntad del sabio. A Benavides le había sido imposible trazar un plan que no perjudicase a nadie. Él caería en el camino para salvar a los demás. Antes de concluir la reunión, dejaron escritas las notas que darían a Aviraz e Isaac por separado.

Adquiere 40 asnos viejos y enfermos a precio de saldo a lo largo de todo el territorio que puedas caminar. Y que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda.

Con cuerdas firmes que encierren el interior, adquiere 100 bolsas de cuero con capacidad para albergar el espacio de ocho puños de un hombre. Y que tu mano derecha no sepa lo que la izquierda hace.

Reúne 81 antorchas y escóndelas en las afueras de la ciudad...